

El Litoral, Santa Fe, 03.06.2000
Aérea 8, Santiago (Chile), 2005

Virgilio y el amor contrariado

Nota y traducción de Pablo Ingberg

En el momento de elegir al encargado de guiarlo en su ascenso por el ultramundo hasta su Beatriz paradisíaca, Dante (me permito conjeturar) no tuvo dudas. Verdad que convenía optar por alguien que, por haber vivido antes de la difusión del cristianismo, tuviera vedado el ingreso al territorio de Beatriz, esto es, al paraíso (Dante, poeta y no profeta, no tenía por qué prever que unos siete siglos más tarde la Iglesia resolvería abrir las puertas del cielo también a buenas gentes no bautizadas –de haber sido profeta, pues, no habría podido escribir la *Divina Comedia* que conocemos–). Pero ése fue un beneficio colateral o secundario. La elección de Dante se debió claramente a otro motivo: quería ser acompañado por el mejor poeta de todos los tiempos.

Se trata de Publio Virgilio Marón, Virgilio para los amigos de la poesía, quien, al parecer, nació en las cercanías de Mantua allá por el año 70 a.C. y murió en Brindisi en el 19 a.C., víctima de unas fiebres que contrajo durante un viaje a Grecia con el fin de visitar lugares de los que hablaba en la *Eneida*. Como Kafka a Max Brod, dice la leyenda que el poeta le pidió a Augusto que se condenara a las llamas (no necesariamente las infernales por las que siglos más tarde conduciría a Dante) el manuscrito de su gran poema épico todavía no suficientemente pulido (que, aun con semejantes imperfecciones, y gracias al maxbrodiano incumplimiento de Augusto, le valdría más tarde la invitación dantesca).

Dice también la leyenda que Virgilio era de contextura débil, tímido, poco agraciado en la conversación. Que estudió casi todo lo que se podía estudiar en su época y lugar. Que se crió en los campos del norte itálico, y se retiró a los del sur lo más que pudo en su adultez. Caso casi inverosímil el suyo, desde una perspectiva posterior a la Revolución Industrial: las *Geórgicas* y la *Eneida*, que se ganaron el ascenso al paraíso o cima de la poesía, fueron (claro que muy subsidiariamente desde un punto de vista estético) obras “oficialistas”, de respaldo y alabanza al régimen y a sus necesidades. Tanto las *Geórgicas* (canto a los trabajos del campo) como su primera obra de magnitud (sin contar algunos poemas menores de dudosa autenticidad), las *Bucólicas*, dan cuenta de sus vívidos conocimientos rurales, botánicos, zoológicos, mitológicos y, por supuesto, poéticos.

Si mal no recuerdo (¿o será también leyenda?), Borges dijo en sus ensayos dantescos, palabras más palabras menos, que el poeta florentino compuso su *Comedia* para poder reunirse con Beatriz en el Paraíso. A ese monumental poema de amor (si se lo ve con tales ojos), se contraponen algunas historias de amores contrariados que surgieron del cálamo nada corriente de su guía Virgilio, sobre cuyas preferencias íntimas nada se sabe. Sí se sabe, por obvio, que las *Bucólicas* se inspiraron (sin desmerecerse un ápice) en los *Idilios* de Teócrito, historias de pastores a los que el amor les era esquivo, lo cual, para felicidad nuestra pese a la infelicidad de ellos, los impulsaba al canto. Un canto que, por encima de precisiones botánicas, zoológicas o mitológicas, más allá del tipo particular de argumentos de persuasión fallidos o exitosos, sean cuales fueren los géneros y preferencias sexuales de los protagonistas (y de los lectores), sigue hablándonos, con máxima belleza, de nuestra propia vida. He aquí el caso del pobre Coridón, que imaginó a su modo un paraíso donde ¿no? estaban esperándolo.

Vergili Bucolica II

Formosum pastor Corydon ardebat Alexim,
 delicias domini: nec quid speraret habebat.
 Tantum inter densas, umbrosa cacumina, fagos
 adsidue veniebat; ibi haec incondita solus
 montibus et silvis studio iactabat inani:
 “O crudelis Alexi, nihil mea carmina curas?
 nil nostri miserere? mori me denique coges.
 Nunc etiam pecudes umbras et frigora captant;
 nunc viridis etiam occultant spineta lacertos,
 Thestylis et rapido fessis messoribus aestu
 alia serpullumque herbas contundit olentis.
 At mecum raucis, tua dum vestigia lustris,
 sole sub ardenti resonant arbusta cicadis.
 Nonne fuit satius tristis Amaryllidis iras
 atque superba pati fastidia? nonne Menalcan,
 quamvis ille niger, quamvis tu candidus esses?
 O formose puer, nimium ne crede colori!
 Alba ligustra cadunt, vaccini nigra leguntur.
 Despectus tibi sum, nec qui sim quaeris, Alexi,
 quam dives pecoris, nivei quam lactis abundans.
 Mille meae Siculis errant in montibus agnae;
 lac mihi non aestate novom, non frigore deficit.
 Canto, quae solitus, si quando armenta vocabat,
 Amphion Dircaeus in Actaeo Aracyntho.
 Nec sum adeo informis: nuper me in litore vidi,
 cum placidum ventis staret mare; non ego Daphnim,
 iudice te, metuam, si nunquam fallit imago.
 O tantum libeat mecum tibi sordida rura
 atque humilis habitare casas, et figere cervos
 haedorumque gregem viridi compellere hibisco!
 Mecum una in silvis imitabere Pana canendo.
 Pan primus calamos cera coniungere pluris
 instituit; Pan curat ovis oviumque magistros.
 Nec te paenitat calamo trivisse labellum:
 haec eadem ut sciret, quid non faciebat Amyntas?
 Est mihi disparibus septem compacta cicutis
 fistula, Damoetas dono mihi quam dedit olim,
 et dixit moriens: ‘Te nunc habet ista secundum’.

Virgilio, Bucólicas, II

Por el hermoso Alexis, delicias de su dueño,
 el pastor Coridón sin esperanza ardía.
 Iba solo a menudo bajo la densa sombra
 de unas hayas muy altas, y lanzaba a los montes
 y selvas estas vanas palabras sin alíño:
 “Ah cruel Alexis, ¿nada te importan mis canciones?
 ¿no me tienes piedad? Así me harás morir.
 A esta hora el ganado va por sombra y frescor,
 y los verdes lagartos bajo el zarzal se esconden,
 y al segador rendido por el estío ardiente
 serpol y ajo, aromáticas hierbas, le muele Téstilis.¹
 Yo, mientras busco al sol abrasador tus huellas,
 con las roncas cigarras hago eco en los arbustos.
 ¿No era mejor sufrir el humor de Amarilis,
 sus iras y orgullosos desdenes?, ¿o a Menalcas,
 por más que él sea moreno, mientras tú eres tan blanco?
 ¡No des, hermoso joven, al color tanto crédito!
 La blanca alheña cae, se junta el negro arándano.²
 Me desprecias, Alexis, sin preguntar quién soy,
 ni el ganado que tengo, ni cuánta nívea leche.
 Hay mil ovejas mías en montes de Sicilia.
 Leche fresca en verano e invierno no me falta.
 Canto como solía, llamando a sus rebaños,
 aquel tebano Anfión en el monte Aracinto.³
 Tampoco soy tan feo: me vi en la playa un día
 de mar calmo, sin viento; ni aun a Dafnis⁴ le temo
 (te pongo como juez) si no engaña la imagen.
 ¡Si sólo te agradara vivir en el vil campo
 y en una humilde choza conmigo, y cazar ciervos
 y guiar a los cabritos por verdes malvaviscos!
 Conmigo imitarás en las selvas cantando
 a Pan, que fue el primero que enseñó a juntar varias
 cañas con cera; él cuida de la oveja y de su amo.
 No temas que la caña te dañe el labiecito:
 por saber estas cosas, ¡Amintas qué no hacía!
 Mi zampona es de siete cañitas desiguales,
 un antiguo regalo de Dametas, que dijo
 al morir: ‘Ahora tú eres el segundo en tenerla’.

¹ Lo que Téstilis prepara es el *moretum*, comida habitual de campesinos, soldados y marineros, cuya elaboración se describe en un poemita atribuido al mismo Virgilio.

² Arándano: seguramente se trata, como en el verso 50, de jacintos (*vaccinia* tiene ambos sentidos; la elección en este caso se debió a razones métricas, sin tergiversar la cuestión del color).

³ Literalmente “el dirceo Anfión en el acteo Aracinto”. Dirceo: por la fuente de Dirce, próxima a Tebas. Acteo: ático, porque este monte se halla entre Beocia (donde estaba Tebas) y el Ática.

⁴ Dafnis: bello pastor siciliano, fundador mítico del género bucólico.

*Dixit Damoetas; invidit stultus Amyntas.
 Praeterea duo, nec tuta mihi valle reperti,
 capreoli, sparsis etiam nunc pellibus albo:
 bina die siccant ovis ubera; quos tibi servo.
 Iam pridem a me illos abducere Thestylis orat;
 et faciet, quoniam sordent tibi munera nostra.
 Huc ades, o formose puer: tibi lilia plenis
 ecce ferunt Nymphae calathis; tibi candida Nais,
 pallentis violas et summa papavera carpens,
 narcissum et florem iungit bene olentis anethi;
 tum, casia atque aliis intexens suavis herbis,
 mollia luteola pingit vaccinia calta.
 Ipse ego cana legam tenera lanugine mala,
 castaneasque nuces, mea quas Amaryllis amabat;
 addam cerea pruna; honos erit huic quoque pomo;
 et vos, o lauri, carpam, et te, proxima myrte,
 sic positae quoniam suavis miscetis odores.
 Rusticus es, Corydon: nec munera curat Alexis,
 nec, si muneribus certes, concedat Iollas.
 Eheu! quid volui misero mihi? Floribus Austrum
 perditus et liquidis immisi fontibus apros.
 Quem fugis, a! demens? Habitarunt di quoque silvas,
 Dardaniusque Paris. Pallas quas condidit arcis
 ipsa colat; nobis placeant ante omnia silvae.
 Torva leaena lupum sequitur, lupus ipse capellam;
 florentem cytisum sequitur lasciva capella,
 te Corydon, o Alexi: trahit sua quemque voluptas.
 Aspice, aratra iugo referunt suspensa iuveni,
 et sol crescentis decedens duplicat umbras;
 me tamen urit amor; quis enim modus adsit amori?
 A! Corydon, Corydon, quae te dementia cepit?
 Semiputata tibi frondosa vitis in ulmo est.
 Quin tu aliquid saltem potius, quorum indiget usus,
 viminibus mollique paras detexere iunco?
 Invenies alium, si te hic fastidit, Alexim.”*

Eso dijo, y el necio de Amintas sintió envidia. Además tengo dos cabritos, que encontré en un valle inseguro, con pelo a pintas blancas; a diario secan la ubre de dos ovejas; tuyos serían. Me los pide Téstilis hace tiempo; y al final le haré caso, pues desprecias mis dádivas. Ven aquí, hermoso joven: para ti traen las Ninfas cestos llenos de lirios; a ti una blanca Náyade⁵ te junta unos narcisos y claros alhelíes y amapolas y flores fragantes del eneldo; y entrelazando espliego con otras hierbas suaves, tiñe el tenue jacinto con rosadas caléndulas. Yo mismo juntaré membrillos con pelusa tierna y duras castañas, que amaba mi Amarillis, y, también en tu honor, ciruelas color cera, y a vosotros, laureles, y a ti, vecino mirto, para que así dispuestos mezcléis gratos aromas. Tonto eres, Coridón: no le importa eso a Alexis, ni Iolas⁶ cedería compitiendo en regalos. ¡Qué pretendí, infeliz! Ciego mandé a las flores el austro⁷ y jabalíes a las límpidas fuentes. Insensato, ¿a quién le huyes? También dioses vivieron en selvas, también Paris.⁸ Que use Palas las urbes⁹ que ella fundó; nosotros prefiramos las selvas. La leona acosa al lobo, como el lobo a la cabra; sigue al codeso en flor la cabra retozona, Coridón a ti, Alexis: cada uno a su placer. Mira, vuelven los bueyes, en el yugo el arado, y el sol que cae duplica las sombras en aumento; yo en cambio ardo de amor; para el amor, ¿hay límite? Coridón, Coridón, ¿qué locura te atrapa? Está a medio podar tu viña entre los olmos. ¿Por qué no haces al menos algo que necesites, entretejiendo mimbres o bien flexible junco? Hallarás otro Alexis, si el de aquí te desdeña.”

⁵ Náyades: ninfas de los ríos y las fuentes.

⁶ Iolas: amo de Alexis.

⁷ Austro: viento del sur (austral), proveniente de África, y por lo tanto muy caluroso y perjudicial para las flores.

⁸ Paris: el troyano (dardanio) que raptó a Helena.

⁹ Palas: Atenea, fundadora de Atenas; asimilada a la romana Minerva, protectora de las ciudades. (Urbes: literalmente “ciudadelas”.)